

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Xavier Manzano El anuncio de la gracia universal de Cristo en el contexto de la pluralidad religiosa	5
Alejandro Puiggari La gramática de la catequesis en tiempos de cambios	21
Odile y Olivier Boulnois Una experiencia de anuncio de la Palabra de Dios	37
Francesca Cocchini La catequesis "del Buen Pastor"	47
André Polti Catequesis y discapacidad mental	61
Michael Moore Teología y pastoral	69
Criterios teológicos de un proyecto de pastoral juvenil	
Ignacio María Díaz Baltasar Espinosa: los rasgos de un catequista borgeano	79
PERSPECTIVAS:	
Stefan Oster Sobre el amor, que es gratuito	89

La gramática de la catequesis en tiempos de cambios

—
Alejandro José Puiggari*

A modo de Introducción: aclarando términos y enunciando presupuestos

Hace tiempo (como parte de mi actividad pastoral) estuve visitando una salita de educación inicial. Me quedé junto a la coordinadora participando de la clase. La docente, con un perfil montessoriano, proponía a los niños que sacaran, de unos grandes cubos que tenía en la sala, objetos que no tuviesen nombre así entre todos podrían “bautizarlos”. Para asombro de los chicos todos tenían nombre. Así, decían, “sombbrero”, “libro”, “muñeca”, “pelota”, “rastriillo”; todos podían decir el nombre del objeto. Creo que sólo se produjo una duda cuando una niña (su mamá era médica y ella tenía un juego para jugar a la “doctora”, explicó más tarde) sacó un “tensiómetro”, rápidamente dijo el nombre y todos recordaron que era el aparato para medir la tensión arterial.

Esto me permitió reflexionar sobre la necesidad de nombrar, de conceptualizar que tiene el hombre.

¿Vivimos en un mundo de conceptos? Hombre, amor, salud, escuela, eternidad... tal vez cuando conceptualizamos, entendemos. Pero en la vida de todos los días, en el hacer cotidiano, ¿nos regimos sólo por conceptos? Creo que durante mucho tiempo dominó una cultura en la que el sustantivo expresaba sin dificultad la realidad nombrada; pero en estos tiempos de tanto cambio, en esta postmodernidad líquida, quizás corramos el peligro de caer en un cierto divorcio entre la realidad y su modo habitual –el sustantivo– para nombrarla. Podemos, ante el vertiginoso ritmo de cambios y construcciones, caer en un cierto nominalismo, del cual muchas veces quienes hemos sido educados en otro tiempo no llegamos a percibir el abismo que ocasiona. Hoy más que nunca la vida misma es acción, es trascender el mero nombre para llegar al otro. Para construir, para avanzar desde este presente a un futuro (aprendiendo de la riqueza del pasado) necesito transitar por la mediación y dinamismo de la acción. Por eso creo que hoy, sin negar los sustantivos, hay que poner el acento en los verbos.

* Sacerdote de la Arq. de Buenos Aires (1987), Licenciado en Teología Pastoral con especialización en Catequética por la Pontificia Universidad Lateranense (Roma). Es Rector del Instituto superior de Catequesis Argentino (ISCA), y fue Director de la Junta Catequística Arquidiocesana (2008-2013). Es párroco de Soledad de María Santísima.

El verbo acerca, vincula, crea puentes. Y, sin intención de menospreciar el concepto y el sustantivo, me sumo a su dinámica capaz de reflejar un mundo cambiante que crece, se hace y permanentemente se va construyendo con la suma de sus sujetos (singulares y plurales) que hacen de la vida una vivencia personal, subjetiva pero también una construcción colectiva.

De ahí que esté convencido de que se hace necesario animarnos a desarrollar una renovación de la catequesis que, partiendo de los verbos, lleve al sustantivo; que desarrollando competencias permita iniciar cristianamente en este tiempo de tantos cambios; que se anime a entrar en el dinamismo de las acciones para conjugar verbos que nos ayuden a que toda nuestra vida sea plenificada por Aquel que hace nuevas todas cosas y es la Roca y meta de nuestro caminar.

Conversión pastoral, renovación de una praxis catequística que nada tendrá de relativismo o falta de identidad, sino que consistirá en volver a lo más propio del acontecimiento cristiano: ser discípulo misionero del Resucitado que nos llamó y nos eligió para estar con Él (*dilexit*) y enviarlos a predicar (Mc 3,14).

Y para ser fieles a esa identidad, que nos da pertenencia y sentido, tendremos que conjugar muchos verbos pero aprendiendo que estos deberán también ser superados en su forma temporal. Pasar del infinitivo o el imperativo a un estilo de Iglesia en camino que descubre en el gerundio el reto que hace grande lo cotidiano; el presente, que gusta de cuidar la memoria y el pasado, para aventurarse con esperanza y creatividad hacia el futuro.

De ahí el título de este artículo. Porque cuando “dominamos” la gramática de una lengua ganamos en claridad y calidad en la construcción del discurso (oral o escrito) de esa lengua; entendemos y nos damos a entender mejor.

Quizás la crisis y cierta desorientación reinante hoy en la praxis catequística se debe a que venimos de una época (cristiandad) con catequesis muy centrada en los catecismos, ricos en conceptos claros y definidos; podríamos decir con una gramática y lenguaje precisos y bien estructurados.

El desafío será superar la perplejidad de tantos cambios para que nuestra gramática y lenguaje al servicio de la trasmisión de la fe, no la encorsete sino que la deje crecer.

I. La experiencia de la Fe en tiempos de exilio cultural

En más de una ocasión nos sucede algo parecido al apóstol Tomás. Percibimos que estamos ante situaciones que mucho tienen de despedida y no llegamos a vislumbrar lo nuevo que se avecina.

En nuestro caso, no será la partida inminente del Maestro como le sucedía a Tomás. Se tratará más bien de la tremenda fragilidad en que transcurre nuestro devenir de catequistas y agentes de pastoral, ante tantos cambios culturales que nos tocan vivir, en que percibimos que no podemos seguir proponiendo la catequesis y la evangelización de la misma manera.

Por eso cobra especial actualidad la respuesta de Jesús a Tomás: “Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).

Palabras que nos serenan y nos permiten como a Pedro en aquella mañana de pesca infructuosa, volver a echar las redes en su nombre (cf. Lc 5,5).

Son tiempos de cambios, todo cambia. Cambia la familia, los modos de comunicarnos, la percepción del mundo, cambia la sociedad, la persona, la Iglesia. Todo cambia.

Reconocer este tiempo signado por el cambio, sin embargo hace más significativa una certeza que no cambia: Jesucristo, ayer, hoy y siempre, Alfa y Omega. Su Persona y su Palabra permanecen y podemos apoyarnos en la Roca firme que nos permite vivir y actuar con la convicción del salmista: “Señor tu eres mi Roca, mi fuerza, mi fortaleza... el peñasco donde me refugio” (Salmo 17).

Pero quizás lo paradójico de este nuevo tiempo es que nuestra Roca-Jesús nos tiene que conceder -como nunca- la capacidad de desinstalarnos si es que queremos verdaderamente caminar arraigados en la fe. Porque la invitación hecha a permanecer firmes en Él (Jn 15) lejos está de ser un llamado a permanecer inmóviles y paralizados ante un mundo en permanente cambio. Son tiempos en que la fidelidad tiene el nombre de audacia para seguir sin miedos al Maestro Bueno cuya cátedra ha querido situarla en los caminos por Él tantas veces recorridos.

Tiempos de cambios en los que sólo tendremos derecho a llamarnos discípulos si somos capaces de reconocerlo como el Camino que no sólo hay que estudiar sino sobretodo transitar con corazón contemplativo y peregrino.

Desafío grande que parecería ser también la gracia a pedir para estos tiempos en que somos tentados por una cultura jaqueada por el relativismo; cuidar la memoria y abrirnos al don de su gracia porque sólo en Él encontraremos sentido a nuestro caminar, ya que solo Él es la Vida Plena.

Desafío grande que también nos exigirá una profunda conversión y un volver a nacer, porque en el caminar eclesial y espiritual siempre está latente la queja y el cansancio, el miedo y la tentación de la traición que tan sabiamente denunciaba Benedicto XVI:

“es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (DA 11).¹

El desafío es grande. E importa cómo nos situamos en estos tiempos de cambios. Para algunos, estamos antes un exilio cultural, algo parecido a la situación que le tocó vivir al pueblo de Israel en el destierro a Babilonia.

Pero hay que estar atentos al peligro de pensar una espiritualidad y praxis pastoral en perspectivas únicamente de lo que ya no es. Post-modernismo, post-cristiandad, post-verdad. Con esta mirada correremos el peligro de dejarnos atrapar por un cierto espíritu de nostalgia como aquellos peregrinos de Emaús. O quizás, aún más peligroso, el pensar la época actual como imposibilitada de ser tierra a ser evangelizada, por lo cual vamos cediendo a un anuncio atemporal de la Buena Noticia, siendo casi fugitivos de la historia.

De ahí que sea oportuno recordar aquello que escribió Sertillanges y que Cencini² nos invita a tener como horizonte de nuestro caminar:

“Todas las épocas no son equivalentes, pero todas las épocas son épocas cristianas y, para nosotros, hay una que supera a todas: la nuestra. A esta época destinamos nuestros recursos nativos, nuestras gracias de hoy y de mañana, a ella dedicamos, por lo tanto, el esfuerzo que responde a estos recursos y a estas gracias”.³

Todo tiempo de la historia puede convertirse en un kairós, en un tiempo de gracia. Pero para eso hay que recordar que la fidelidad de Dios no es un repetir circular sino un misterioso hacer nuevas todas las cosas. De ahí que, sólo con una profunda espiritualidad arraigada en la esperanza que no defrauda, seremos capaces de descubrir lo nuevo que el Señor nos invita a balbucear, superando la nostalgia de lo que ya no será para colaborar con lo inédito y muchas veces desconcertante que será el humus vital de ese Dios que sigue actuando en la historia.

¹ DA: Documento de Aparecida. Cita de Benedicto XVI que se repetirá en numerosos textos de Francisco.

² A. Cencini, «Sacerdote y mundo de hoy» *Del post-cristiano al pre-cristiano*, Madrid, 2012.

³A.D. Sertillanges, *La vida intelectual*, Madrid 2003.

II. La Catequesis en clave de Iniciación en una Iglesia en salida y signada por la misericordia

a. La Catequesis en clave de Iniciación

La razón de la Iglesia siempre ha sido el evangelizar. Pero en estos últimos tiempos, gracias al del accionar del Espíritu que se ha hecho sentir en el Concilio y que ha sido plasmado en esa carta magna de la evangelización que fue *Evangelii Nuntiandi* (1975) ha descubierto en ella, su razón de ser, su ADN fundacional.

Los Obispos de América Latina y del Caribe lo han expresado con toda claridad para el momento en que nos toca vivir y actuar:

“Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo” (DA 14).

Invitación que el Papa Francisco nos ofrece, en su Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, como propuesta pastoral que dé unidad, organicidad y concreción al caminar de una Iglesia que se deje guiar por el Espíritu.

Eso llevará necesariamente a reconocer que, por varios motivos, hoy estamos ante una ruptura de la trasmisión de la fe que exigirá asumir un nuevo paradigma a la hora de pensar y plasmar la praxis catequística: la catequesis deberá estar signada por su capacidad de iniciar a la vida cristiana. Si en otra época de la historia encontraba su tarea fundamental en la enseñanza, en ayudar a la recepción de los sacramentos, en el profundizar contenidos, en el despertar el compromiso con el Reino de quien experimentó el encuentro con el Señor, hoy la catequesis tendrá que ser ante todo una catequesis al servicio de la iniciación cristiana.

Y no se trata de un simple cambio de nombre. Exigirá, como decíamos en la introducción, de una nueva gramática pastoral, de nuevos verbos a conjugar, de una verdadera pastoral.

“El desarrollo del nuevo paradigma catequístico exige un nuevo catequista, nuevo también en su formación, para hacer de él un comunicador por excelencia de su propia experiencia y relación con Jesús, y también exige una comunidad cristiana que juegue un papel preponderante en el proceso de fe”.⁴

⁴ CELAM, *La alegría de inicia discípulos misioneros en el cambio de época*, Bogotá, 2015.

b. La Catequesis en una Iglesia en salida

En una oportunidad, tuve la posibilidad de ser testigo ocular de un encuentro del Card. Bergoglio con un grupo de catequistas. Se trabajaba sobre la parábola del sembrador, cuyo texto el Directorio Catequístico General pone como gran marco desde el cual debe ser pensada la catequesis. Y preguntando el actual Papa sobre qué hacía el sembrador, todos los concurrentes respondimos a una voz: «sembrar». Y recuerdo con qué énfasis nos hizo notar que el primer verbo que aparece en dicha parábola es «salió». La clave para entender a Dios, es que no se queda encerrado en su ámbito. Como prueba me remito a lo que también siendo Arzobispo de Buenos Aires les decía en su primera conferencia con ocasión del Encuentro Arquidiocesano de Catequesis:

“Una cosa que hay que tener en cuenta para orientar la catequesis es que lo recibido debe ser anunciado (cfr. 1 Cor, 15:3). El corazón del catequista se somete a este doble movimiento: centrípeto y centrífugo (recibir y dar). Centrípeto en cuanto «recibe» el kerigma como don, lo acoge en el centro de su corazón. Centrípeto, en cuanto lo anuncia con una necesidad existencial («ay de mi si no evangelizo»). El regalo del kerygma es misionante: en esta tensión se mueve el corazón del catequista. Se trata de un corazón eclesial que «escucha religiosamente la Palabra de Dios y la proclama con coraje» (Dei Verbum 1)”.⁵

Justamente es esta dimensión kerygmática la que debe caracterizar una catequesis en clave de salida. Porque el salir no significa solamente ni primariamente una cuestión geográfica, sino de actitud, lenguaje y convicción. Es la experiencia vital más profunda que brota de la fe, que involucra toda la persona, que la hace testigo apasionado, hermano de camino, heraldo de la Buena Noticia.

Anuncio, kerygma que no puede quedar encerrado en un templo, en una parroquia, en una estructura eclesial. De ahí que habrá que repensar creativa y audazmente los lugares y ámbitos en que ella se desarrolla. La catequesis se hará callejera, ambiental, barrial, signada antes que nada por el dinamismo de un caminar discipular que implicará movilidad, diálogo, hospitalidad. Esta dimensión vincular ayudará a que la catequesis sea de toda la comunidad y que anime y acompañe toda la vida, especialmente aquellas circunstancias más significativas de la vida de la persona y de la sociedad.

⁵ Card. Bergoglio, “Cristo y el hombre de fin de siglo”, Encuentro Arquidiocesano de Catequesis, 1997.

Catequesis en salida, que implica también romper con aquella mirada en que se entiende al catequizando como receptor pasivo, destinatario de algo que debe aprender. La dinámica discipular misionera nos pondrá a todos como interlocutores, seguidores de un Único Maestro, en donde la Iglesia como Madre y Maestra tiene en sus catequistas ministros al servicio de la Palabra hecha vida y doctrina, pero que en su “sensus fidei” se ve enriquecida en su comprensión y transmisión por el santo pueblo de Dios. Una catequesis que no pierda su vocación de luz y sal por la tentación paralizante del “siempre se hizo así”, una catequesis capaz de asumir el desafío de la paciente escucha y mayéutica que hace del arte de acompañar, fidelidad a la pedagogía que se ha hecho matriz en aquel bendito camino de Emaús (Lc 24,13-35).

c. La Catequesis signada por la Misericordia

Nos hará bien recordar que el Jubileo extraordinario de la Misericordia no fue un año dedicado “a” para luego dar vuelta la hoja, sino que fue un año intenso “en” para ayudar a que la Iglesia toda, cada uno de nosotros, y todas sus acciones se vieran renovadas por ella.

*“Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes”.*⁶

“Tiempo propicio”, *kairós* de una Iglesia que en su diario caminar está seriamente cuestionada y desacreditada. Muchas y complejas son las razones: el mal testimonio de algunos sacerdotes y consagrados, problemas de corrupción en las instituciones eclesiales, sumados a la complejidad y no pocas veces la mala intención de un modo globalizado e intercomunicado. Pero lo cierto es que hoy son muchos los escandalizados, heridos o sencillamente alejados en algunos casos de Dios, y en muchos más de la religión y de las mediaciones e instituciones eclesiales.

Y si bien el tema de la Misericordia fue algo que estuvo siempre en la vida de la Iglesia, el Espíritu Santo –como suele ser su accionar– se ha encargado de ir haciéndolo resonar de un modo especial en su caminar, vivir y pensar eclesial. Recordemos tan solo a San Juan Pablo II, cuando comenzó con

⁶ Francisco, *Misericordia Vultus*, Bula de Convocatoria al Jubileo Extraordinario de la Misericordia, 2015.

Faustina Kowalska, la Divina Misericordia. Él había intuido que era una necesidad de este tiempo. En Benedicto el tema es recurrente, siendo casi un contenido transversal de todo su Magisterio.⁷

Pero este *kairós*, que siempre reconoce la iniciativa de Dios, hoy es para la Iglesia también una tarea que la catequesis debe asumir de una manera especial, con atención y concreción. Atención a la gracia presente en el don de Dios, concreción al modo como María se puso en camino sin demora a visitar y acompañar a su prima Isabel.

Hoy la catequesis está en crisis de credibilidad. No nos tenemos que angustiar pero si reconocerlo con realismo. ¿Qué tenemos que hacer? El Señor ya nos ha indicado el camino. Ahora nosotros debemos recorrerlo en la catequesis sin demora.

Una catequesis signada por la misericordia permitirá recuperar la fuerza de la palabra, porque ella ha sido fortalecida por la mirada, el gesto, la belleza del amor que sabe iniciar en el gesto de tocar la carne.

Tocar la carne, hacer experiencia de proximidad. Esto nos ayudará a que nuestra fe se haga obra, y verdaderamente seamos creyentes y discípulos. El desafío será pasar de un cristiano practicante de misa dominical, a practicante del protocolo de la Caridad (Mt 25). Pero siempre en clave católica donde no hay lugar para “O” sino para el “Y”. Tocar la carne, es hacer experiencia con el otro, es dejar el estado distante de espectador para involucrarse con el otro, para asociarse con los artesanos de los pequeños gestos que hacen que la fragancia de caridad reine entre nosotros.

El cristiano profesa la fe de las historias mínimas, porque hemos sido engendrados en la Historia más grande la Humanidad que se hizo sencillez en Nazaret, simpleza en Belén, cotidianidad en Caná, pan, mesa y altar en Jerusalén.

III. Pistas para soñar, pensar y transformar

a. La alegría de la fe que se hace adoración, alabanza y hospitalidad

Hoy estamos marcados por una cultura signada por el zapping en donde muchas veces la apariencia, y el marketing nos ponen en modo “selfie”. La tentación de sobrevivir con historias que perduren con la consistencia de las de “Instagram” es enorme. Por eso nos cuestiona el silencio, lo perdurable, lo

⁷ Cf. L. Alboniga, *El logos tiene corazón*, Buenos Aires, 2014.

poco invasiva que es la presencia del Señor en la Eucaristía. Y ver cómo su presencia en el Santísimo, llena y congrega a muchos. De ahí que se pueda afirmar que hoy es un tiempo propicio para la adoración.

No es la única manera, pero el que sabe adorar dispone el terreno para que Dios fecunde esas raíces profundas que nos permiten dar sombra y cobijo. Nos hace aquí mucho bien prestar la atención a esos pioneros de la espiritualidad del camino que fueron los Magos. Ellos miraron al cielo para discernir, congregarse, movilizarse y adorar. Ellos nos primerearon en aquello de caminar en la tierra mirando del cielo. El texto de Mateo es sumamente conciso: “¿Dónde está el rey de los judíos que acaba nacer? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo” (Mt 2,2).

*“¡Qué maravilla nos describen estas pocas palabras , qué maravilla de actitud y de conducta frente a Dios! Son hombres no del pueblo de Israel (...) hombres que viven en el paganismo y, sin embargo, tienen el alma permanentemente dispuesta a atisbar cualquier signo de la voluntad de Dios (...) Y porque son rectos, Dios les manda esa señal exterior y, simultáneamente , les envía la luz interior necesaria para interpretarla adecuadamente y para seguirla con generosidad”.*⁸

En los Magos del Oriente hay todo un itinerario que culmina en la oración. Son verbos que también cada uno de nosotros, con la gracia de Dios, debemos apropiarnos: buscar, escudriñar para poder ver y caminar. Ven y verás. Y los Magos vieron, fueron y adoraron, como también, de otro modo, aquellos dos discípulos de Juan que ante la pregunta hecha al Cordero de Dios, aceptaron la invitación fueron y vieron, permaneciendo con el Señor.

Experiencia de Dios sí, pero más bien, de dejarnos atrapar por Él.

Él siempre se hace presente primero. Y suscita en nosotros anhelos de eternidad, búsquedas, deseo de servir, rebeldía de un mundo en el que no se ve su Reino. Los caminos y modos son muy diversos, casi a medida de cada uno. Pero de ese encuentro, el movimiento no cesa, sino que se hace más intenso. No porque se tenga respuesta a todo, no porque hayamos llegado. Todo lo contrario, crecemos en el vacío y las preguntas, pero con la certeza del salmista: “El Señor es mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano; me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (Salmo 15).

Como hombres de nuestro tiempo necesitamos dar gracias, bendecir su nombre, alabar.

⁸ L. M. Etcheverry Boneo, *Adviento y Navidad*, Buenos Aires, 2002.

La alabanza ha estado presente a lo largo de toda la historia del camino del Pueblo de Dios. Los Salmos se han hecho eco de esta actitud que perdura de generación en generación: “¡Aclamen al Señor, hijos de Dios, aclamen la gloria y el poder del Señor! ¡Aclamen la gloria del nombre del Señor, adórenlo al manifestarse su santidad!” (Sal 28,1-2). “Alaben al Señor con la cítara, toquen en su honor el arpa de diez cuerdas; y entonen para él un canto nuevo, toquen con arte, profiriendo aclamaciones” (Sal 33,1-2). ¡“Aclamen al Señor toda la tierra! ¡Canten la gloria de su Nombre! Tribútenle una alabanza gloriosa, digan al Señor: «¡Qué admirables son tus obras!»” (Sal 66, 1-3).

Alabanza que es un reconocer la obra del Señor, que invita ser dicha en plural para ser sinfonía de gratitud que libera, eleva y fortalece el alma.

*“El hombre es creado para alabar...». Estas son las primeras palabras del primero de los «ejercicios» de San Ignacio y, por sí mismas, encierran toda una espiritualidad. La alabanza de Dios es la razón de ser del hombre, su deber esencial, su misma definición. El hombre es alabanza hecha vida. Es liturgia, salmo, acción de gracias viviente. El hombre es creado para alabar. Y si esto puede decirse del grupo. Una alabanza aislada apenas puede llamarse alabanza. Un solista no hace concierto. La liturgia necesita un grupo, los salmos necesitan un coro, y la alabanza necesita un pueblo. Ese es el fin explícito del Pueblo de Dios y de cualquier grupo dentro de él que quiera entrar en el plan de salvación de Dios para el mundo. «Un pueblo destinado a cantar las alabanzas de Dios» (1 Pe 2,9). Un pueblo de alabanza”.*⁹

Justamente, en este caminar post-conciliar, podemos descubrir el poder de la alabanza por muchos lugares, en muchas historias, con muchos rostros. La experiencia de Taizé es un ejemplo elocuente. Lugares y espacios diversos y contrastantes: desde un estadio colmado por una multitud a aquella sencilla capilla perdida en la lejanía que mantiene viva la lámpara encendida. Unos y otros hacen realidad aquello que con autoridad afirma el Padre Rainero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia de los tres últimos Papas: “es como una descarga eléctrica que se dispersa en la masa, para después desaparecer como realidad independiente, una vez que se cumplió esta tarea. Concluimos entonces con las palabras del himno litúrgico recordado en el inicio: Sea Cristo nuestro alimento, sea Cristo el agua viva: en él saboreamos sobrios la ebriedad del Espíritu”.¹⁰

Hospitalidad. El anuncio, el kerygma, la misión hoy solo será posible en la medida que se haga presente el vínculo, el encuentro, la empatía.

⁹ C. Valles, *Viviendo Juntos*, Santander, 1984.

¹⁰ R. CANTALLAMESA, *Tercera Predicación de Adviento*, Roma, 2017

Anunciamos al Señor y en él abrazamos todo lo humano. En un mundo signado por lo virtual, en donde el ritmo y vertiginosidad nos pueden hacer perder la capacidad de asombro y de escucha, estamos llamados a hacer creíble la Palabra que anunciamos, no como una utopía o idea a declamar, sino con la fuerza de hacerla realidad. En un mundo saturado de palabras, debemos mostrar lo que creemos, facilitar experiencias de la fe y ofrecer espacios comunitarios donde aquellos que buscan a Dios puedan “venir y ver” (cf. Jn 2,5).

Siempre me ha llamado la atención la acentuación que el cuarto evangelio hace del mandato misionero. “*Que sean uno para que el mundo crea que tú me enviaste*” (Jn 17,21). La Iglesia crece no por proselitismo, sino por contagio de ese modo nuevo de amar, de esa relación signada por el amor en donde el otro es sencillamente mi hermano. Y en este tiempo de crisis institucionales, los cristianos debemos más que nunca seguir mostrando con sencillez “lo nuevo”, aquello que tanto sorprendió en los inicios de la vida de la Iglesia como nos narra los Hechos de los Apóstoles.

La primera evangelización estuvo signada por un modo nuevo de relacionarse, en que la comunidad cristiana era “sacramento de ese Dios que anunciaban, celebraban y los congregaba” (Cf. Hch 2, 42-47). Y su catequesis no era ante todo algo doctrinal, sino un lugar de experiencia progresiva de la vida de la fe, en la cual se abre también la Palabra, que se convierte en comprensible solo si es interpretada por la vida, realizada por la vida. Hay una bella expresión de Benedicto XVI: “hospitalidad de la fe”. Dejemos que sea él mismo quien lo explique:

*“Me parece importante, junto con la Palabra, la presencia de un lugar de hospitalidad de la fe, un lugar en el que se hace una progresiva experiencia de la fe. Y aquí veo también una de las tareas de la parroquia: hospitalidad hacia aquellos que no conocen esta vida típica de la comunidad parroquial. No debemos ser un círculo cerrado en nosotros mismos. Tenemos nuestras costumbres, pero con todo debemos abrirnos e intentar crear vestíbulos, es decir, espacios de cercanía”.*¹¹

b. La alegría de la fe que se despliega en el tiempo y privilegia la mirada y la escucha en el arte de acompañar

No es casual que el Papa Francisco como actitud transversal de muchos de sus documentos haya querido, casi obsesivamente que estén signados por la alegría (*Evangelii Gaudium, Gaudete et Exultate, Amoris Laetitia*).

¹¹ Benedicto XVI, *Encuentro con el Clero*, Roma, 2009.

Me llama la atención cuántas veces el actual Papa cita la carta de Pablo a los Filipenses. Una verdadera invitación a la alegría, que tiene especial significación porque está escrita desde la cárcel. Sin embargo, el Apóstol no se deja intimidar por las circunstancias adversas, todo lo contrario, nos exhorta: “*Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense*”. En este espíritu de Filipenses 4,4 creo que hay tres aspectos, que en mi experiencia de muchos años y en el intento de discernir con otros algunos signos de los tiempos, se hacen necesarios hoy acentuar.

El primero es la alegría de vivir el *tiempo presente* como el hoy y el aquí del misterio de la encarnación. El tiempo es quizás el bien máspreciado en donde se hacen concretas y efectivas nuestras opciones vitales. El día sigue teniendo veinticuatro horas. Pero los ritmos se han acelerado, y también las urgencias y demandas. Paradójicamente, hoy el ser humano sufre muchas veces por falta de tiempo, y otras veces, porque no sabe qué hacer con el tiempo. Nos tocará acompañar personas estresadas por las corridas y otras deprimidas por no tener nada que hacer y sobre todo, nadie con quien compartir su tiempo. Excesos de obligaciones, agendas saturadas conviven hoy con profundas soledades, navegantes solitarios de Facebook, obsesivos en «voyerismo» o en el arte de «stakear»¹².

Si queremos acompañar, anunciar al Señor hoy más que nunca debemos saber usar el tiempo y darle sentido al mismo. Para nuestras vidas y la de los otros.

Una catequesis de Iniciación necesitará de un tiempo, de un *kairós* en medio del *krónos*, porque así lo requiere el ritmo humano y en el misterio de la Encarnación, el hoy de Dios se hace gracia que supone un camino signado por el tiempo.

Pero en segundo lugar tendremos que ejercitarnos, priorizar y alegrarnos en el arte de «*escuchar*». Siempre me llamó la atención que el Cardenal Bergoglio les pidiera a los catequistas, que supuestamente están llamados a enseñar, a hablar de Dios a sus catequizandos, que fueran ante todos hombres y mujeres que se dedicaran a escuchar:

“Están llamados como catequista a acompañar, a conducir a las aguas tranquilas para que el encuentro se haga fuente, fiesta, abrigo. Para eso

¹² Expresión que se usa para quien su vida es sencillamente curiosear la vida de los otros. Antes, se hacía desde el patio de un conventillo o la vereda de la casa. Hoy los medios son muchos más sofisticados, las redes sociales nos permiten pasarnos horas ante la computadora que te muestra todo de la vida de los otros complementándose con muchos programas de la televisión que te van anestesiando en el impudoroso gusto de hurgar en la intimidad del otro, llegando incluso al acoso por internet.

se te exigirá que sepas escuchar y enseñes a escuchar tal como lo hizo Jesús. Y no simplemente como una actitud que facilita el encuentro entre las personas sino, fundamentalmente, como un elemento esencial del mensaje revelado. En efecto, toda la Biblia se ve atravesada por una invitación recurrente: ¡Escucha!

Por ello será parte de tu ministerio catequista no sólo saber escuchar y ayudar a aprender a escuchar, sino principalmente mostrar a Dios que sabe y quiere escuchar”.¹³

c. *La alegría de la fe que sabe gustar del arte de combinar y hace presente la sabiduría de la síntesis*

Cuando uno contempla la pedagogía del Maestro Bueno descubre en Jesús el arte de combinar. Él no absolutiza ningún recurso y su metodología es rica y diversa. Parte de lo concreto, aunque también les revela aquello que sólo Él conoce. Gusta de las preguntas, las cuales a veces son motivadas para involucrar al otro, otras veces, para rectificar, para constatar, incluso para dejar en evidencias las intenciones ocultas de sus interlocutores.

De ahí que toda catequesis renovada de iniciación tendrá que dejar ciertos dogmatismos metodológicos para sencillamente hacer carne la pedagogía de la fe que trasunta y contagia los Evangelios. Volver a Jesús es un legítimo reclamo que muchas veces y de diversas maneras se nos está pidiendo hoy a quienes en la Iglesia nos presentamos como catequistas o agentes de evangelización.

Y descubrir cómo el Señor sabe cuándo tiene que sencillamente invitar a seguirlo como lo hizo con aquellos hermanos a los cuales cambió para siempre su rutina de pescadores junto al lago de Galilea. Para también descubrir cuando el encuentro tiene tiempo y espacio para el diálogo paciente que va permitiendo a la samaritana percibir su realidad y búsqueda más profunda en aquel bendito pozo de Samaría. E incluso cuando sutilmente pone a prueba, con aparente lejanía, la fe de aquella madre corajuda que se anima a confrontarlo ante la desesperación por la enfermedad de su hija en la tierra de Tiro.

Sí, definitivamente la catequesis debe asumir la pedagogía del Maestro Bueno, y por eso, ser una pedagogía ágil, renovada, que asuma el difícil y siempre desafiante arte de combinar.

Pero además, la catequesis hoy debe serenamente asumir una cierta madurez y sabiduría, fruto de haberse visto enriquecida por un tiempo eclesial de una profunda reflexión catequística, tanto en documentos del Magisterios

¹³ J. Bergoglio, *Carta a los Catequistas*, Buenos Aires, 2006.

como en el aporte de los catequetas. Ha sido un tiempo riquísimo de reflexión, de búsquedas. Pero también se hace necesaria la audacia de una síntesis creativa que lejos de instalarnos nos permita seguir balbuceando y buscando pero desde lo ya recibido y transitado. Se hace urgente acabar con las oposiciones dialécticas tan propias de la eterna adolescencia o de algo más peligroso todavía, de una vejez autorreferencial.

Hoy debemos asumir el desafío de educar en clave de competencias,¹⁴ sin por eso desaprovechar la síntesis de nuestra fe que nos ofrece el Catecismo de la Iglesia Católica.

Hoy debemos saber escuchar al hombre de este tiempo, sus búsquedas y anhelos más profundos pero sin renunciar al encuentro vivo con la persona del Resucitado que nos invita a salir a anunciar la Buena Noticia que da sentido y plenifica todo lo humano.

Hoy debemos entender la catequesis como un acto de comunicación que requiere conocer y apropiarse de los conocimientos y aportes de las ciencias humanas,¹⁵ pero sin olvidar el misterioso accionar del Espíritu y de la gracia que nos aleja de la sutil tentación del pelagianismo¹⁶.

Hoy más que nunca debemos repensar una teología fundamental que ayude a la inteligencia de la fe para hacer presente en nuestro decir al Señor de la Historia, ya sea en fórmulas que hagan presente la experiencia de fe, ya sea en el entusiasta y afectivo anuncio kerygmático. Pero hoy más que nunca debemos recordar que la Buena Noticia no se asimila como un saber. La catequesis hoy debe seguir buscando transmitir un sentido para que sea comprendido, pero más que nada deberá “*tocar los sentidos para despertar al cuerpo, reanimarlo y colmarlo de gozo*”.¹⁷

A modo de conclusión: certeza para el camino

Hace poco escuché decir al neurocientífico argentino Dr. Facundo Manes que sus hijos (ellos no tendrán más de doce años) estudiarán carreras que hoy no existen o tendrán ocupaciones que en este momento son impensables.

Es que hoy más que nunca –y probablemente por el avance de la tecnología– los cambios son cada vez más vertiginosos en todos los órdenes de la vida.

¹⁴ E. Biemmi, *La formación de los catequistas en un contexto de nueva evangelización*, Madrid, 2011.

¹⁵ CELAM, *La alegría de iniciar discípulos misineros en el cambio época de época*, Bogotá, 2015.

¹⁶ Francisco, *Exhortación apostólica Gaudete et Exultate*, 57-60, Roma, 2018.

¹⁷ Fosion, *La evangelización como un cuerpo a cuerpo*, Namur, 2015.

Siguiendo esa línea me pregunto si en esa vida cambiante, si en este mundo en donde muchas veces la secuencia temporal es negada por el instante, hay algo que permanece en nuestra metodología catequística; si hay algo sustancial y no accidental, sustrato de los cambios como bien vio el sabio maestro Aristóteles en la lejana Grecia.

Y es allí donde me nace una esperanzadora certeza: *“Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será para siempre”* (Hb 13, 8). Y descubro en el nombre “Francisco” toda una invitación: volver a la sencillez del evangelio, sin glosa, perdiendo al Señor que nos regale su Espíritu para que podamos hoy descubrir el gesto y la palabra oportuna, para que hagamos presente aquello a que nos invita el apóstol Juan:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa” (1 Jn 1, 1-4).¹⁸

Sean dos textos, uno de Aparecida y el otro del Papa Francisco, los que me ayuden a sintetizar, una certeza que me invita a soñar, pensar, transformar...

“La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (DA 11-12)

¹⁸ El Card. Bergoglio solía hacer referencia a este texto de Juan cuando se dirigía a los catequistas de su diócesis de Buenos Aires (Cf. Conferencia en el Encuentro Arquidiocesano de Catequistas -EAC- 1997).

“Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (Mc 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo parresía, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. Hch 4,29; 9,28; 28,31; 2 Co 3,12; Ef 3,12; Hb 3,6; 10,19)” (GE 129).

El desafío es grande, exigirá una conversión personal, comunitaria y pastoral. Pero creo que en el nuevo modo de concebir la gramática catequística estará la clave para que la misma sea verdaderamente iniciativa, mistagógica y comunitaria.

Esto será posible si nos aventurarnos con la ayuda del Espíritu a entrar en el dinamismo de aquellos verbos nuevos que se nos invita a conjugar. Muchos de ellos se los hemos escuchado al Papa Francisco: salir, primeriar, acompañar, contagiar, celebrar, cuidar, escuchar...

Pero no debemos olvidarnos que el tentador puede neutralizar todo esto, si solo los formulamos en imperativo. Terminemos reivindicando al gerundio; nos ayudará a privilegiar el tiempo sobre el espacio, a animarnos a caminar con otros, sinodalmente, con la humildad de saber que todavía falta mucho por recorrer.

Y brindado a un mundo tentado de hostilidad la suave fragancia de la hospitalidad.